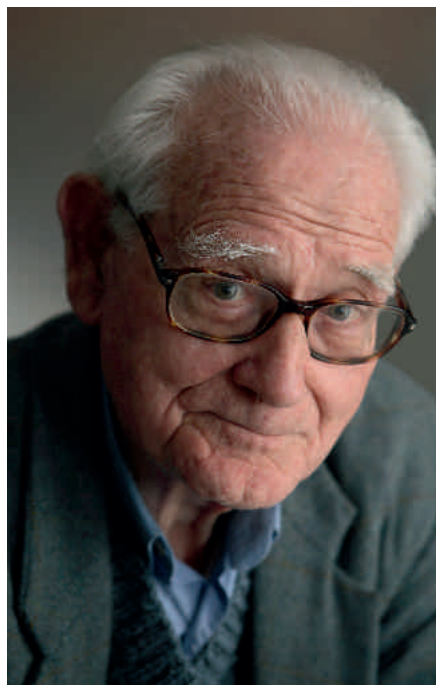


Si nos preguntamos quién en Andorra representa mejor que nadie el espíritu de la tradición popular, de la memoria colectiva y de la historia local, esa persona es sin duda Ángel Cañada Giner. Una figura que en ese papel viene a suceder a la de aquel erudito local que publicó en 1926 la *Historia de la Muy Noble Villa de Andorra*, mosén Generoso Vázquez Lacasa. La contribución de Ángel Cañada adquiere una mayor dimensión, tanto en el tamaño de su obra y años dedicados a ella como en la mayor amplitud de campos que abarcan sus investigaciones y estudios con un aporte muy superior de disciplinas del conocimiento como la antropología, la etnografía y las Ciencias Sociales en general. Su visión, por otra parte, se efectúa a través de una óptica más amplia y laica que la lógica de aquellos eclesiásticos, pioneros de la historia local, que publicaron libros imprescindibles en los primeros años del siglo XX, como las de las vecinas localidades de Calanda, Albalate del Arzobispo y Alcorisa.

Ángel Cañada responde al concepto de erudito local, una persona con cierta formación inicial, cuya vida transcurre preferentemente en una localidad a la que ama intensamente y de la que estudia de forma continuada y sin desmayo las mil y una piezas del puzle de la historia local, divulgando sus trabajos y sus hallazgos con un lenguaje sencillo y directo, cercano al habla popular, de la que se propone conservar sus giros y vocablos más particulares.

Recoge y relata, sin pretensiones interpretativas ni totalizadoras, aunque sí de rigurosidad, tratando de completar el granero de los datos y las referencias históricas, cuya cosecha no se habría recogido con toda seguridad sin su preocupación ni sin su concurso; con el valor inestimable que, por ende, tiene esa labor para la reconstrucción de la historia de la comunidad local para los historiadores.

Las labores agrarias, las ganaderas, la vivienda, la vestimenta, las costumbres, las fiestas, los oficios, el ciclo de la vida, desde los bautizos a los entierros, pasando por las bodas y el servicio militar, los personajes populares y el habla de Andorra han sido objeto de sus pesquisas y averiguaciones que han ido saliendo a la luz, de forma casi ininterrumpida, a través de las páginas del periódico local *Cierzo*, del que ha formado parte como miembro del consejo de



redacción o como colaborador durante un cuarto de siglo. Sus textos son retazos de la historia andorrana en mil y un artículos de muy variada naturaleza, elaborados a partir de documentos o de la investigación oral que él ha ido aderezando con el contexto histórico y las explicaciones antropológicas extraídos de ese saber que ha ido acumulando a lo largo de su vida, en una especie de formación permanente de adultos en versión autodidacta y que le ha hecho distinguirse como el sabio local que todo lo sabe o que de todo está informado en relación al pasado de la Andorra contemporánea, principalmente.

Socio de honor del Centro de Estudios Locales de Andorra (CELAN), ha colaborado en su publicación anual de estudios, *Revista de Andorra*, con unas memorias –en distintas entregas– sobre las actividades mineras de la comarca a través de su experiencia personal como trabajador de ENCASO y ENDESA y como buen conocedor de su vida interna, empresarial y social, desde los cargos de responsabilidad profesional que ha ostentado.

Su curiosidad por tantas cosas y su deseo de perpetuar la memoria vivida y la conocida le ha llevado a practicar en privado, aunque no de forma sistemática, la literatura memorialista y algunos curiosos ejercicios intelectuales de análisis, de comentario o de anotación de escritos periodísticos, de lecturas o de informaciones escritas de la más variada índole.

Su espíritu recolector le ha llevado también a guardar fotografías, documentos y objetos diferentes de lo más heterogéneo, desde una simple postal hasta una lápida procedente de un edificio público y destinada a su destrucción. Y es este otro de los servicios impagables de Ángel Cañada, el de evitar la desaparición de tantas cosas que la infravaloración, la ignorancia o la simple desidia había condenado al olvido.

Nacido en Andorra en 1917, hijo del veterinario de la localidad, Albino Cañada, estudió sus primeras letras en la escuela de párvulos, pasando después a las graduadas. A los 10 años, su familia, por recomendación de un tío religioso de los padres camilos, decidió internarlo en el convento de esa orden en Vich. Y allí estuvo hasta el advenimiento de la II República en 1931, cuando se cerró temporalmente el convento por miedo a los furros anticlericales. Vuelto a Andorra, comenzó los estudios de bachillerato, que terminaron justo antes del estallido de la Guerra Civil. Julio de 1936 le pilló en Andorra, pudiendo así conocer de primera mano los hechos entonces acontecidos, por lo que –con la añadidura de sus averiguaciones posteriores– es hoy una de las principales autoridades en ese traumático periodo histórico. Vivió la colectividad que los anarquistas impusieron en las localidades del Bajo Aragón. Por ella tuvo que dar sus primeras lecciones a escolares –sin ser maestro todavía– en Albalate, y gracias a la cual pudo estudiar Magisterio en Tarragona, titulación que alcanzó en muy poco tiempo debido a las urgencias de la guerra. Fue movilizado en 1937 y

destinado a las Milicias de Cultura, primero, y a Sanidad, después, viviendo muy notables experiencias en el frente de Teruel, por tierras levantinas y en Almadén, que hoy recuerda y analiza con pasión, pero con la perspicacia que le caracteriza y la perspectiva que le da la edad y su trayectoria intelectual.

Acabada la guerra, conoció el campo de internamiento y el Batallón de Trabajadores en Teruel y Celadas, y tuvo que luchar mucho para ver reconocidos sus derechos para presentarse a las oposiciones de Magisterio que, en principio, le habían sido denegados por no haber estado en el lado adecuado. Finalmente lo pudo hacer y obtuvo plaza. Destinado en Gargallo, abandonó su profesión por cuestiones familiares cuando se casó en 1943 con Sagrario Sauras. Entró a trabajar en la Empresa Nacional Calvo Sotelo como jefe de personal, primero, y como encargado del economato después, tras un encontronazo con un miembro de Falange, que estuvo a punto de dejarlo en la calle. Y en ese puesto se mantuvo hasta 1979, año de su jubilación. Fue en toda esa época y, sobre todo, en la posterior, cuando Ángel Cañada hizo realidad su hondo compromiso con la cultura andorrana.

A comienzos de febrero del año 2007, Ángel Cañada Giner -a punto de cumplir los 90 años- recibió el homenaje, al fin, de todos los andorranos en unos actos culturales, repletos de público, que fueron organizados por el Ayuntamiento de Andorra y el CELAN, y para cuya ocasión se editó una recopilación de sus artículos publicados en *Cierzo* con el título de *Vida y trabajo en la Andorra de antaño*.